

Alicia Vallina

HIJA *del* MAR

Una mujer dispuesta a luchar en un mar de hombres

La fascinante historia secreta de la mujer que se hizo pasar por hombre
para ingresar en la Armada Española en 1793



Una mujer dispuesta a luchar en un mar de hombres. La fascinante historia secreta de la mujer que se hizo pasar por hombre para ingresar en la Armada Española en 1793. Siglo XVIII. La cordobesa Ana María de Soto huye de un matrimonio impuesto con la intención de comenzar una aventura jamás iniciada por una mujer: la de hacerse pasar por varón para alistarse en la Armada Española. Cumple, así, su sueño de recorrer el mundo y de enfrentarse a valerosos e intrépidos enemigos. En su viaje, Ana María no solo conocerá el éxtasis y el dolor del primer amor, sino también tendrá que hacer gala de toda su valentía y arrojo para sobrevivir en un mundo de hombres, donde cada paso en falso puede suponer para ella el mayor de los desastres. Durante sus aventuras en la mar, descubrirá el valor de la amistad y el honor, pero también la violencia, el miedo y la traición. Una novela apasionante y emotiva que nos descubrirá a una de las heroínas más intrigantes de la historia de España. Una mujer única en su tiempo que vivió con la valentía de quien no se entrega a un destino establecido.

*A todas las mujeres:
libres, fuertes, valientes y dueñas de su destino*

La primera vez que recorrí en solitario las salas del Museo Naval de San Fernando, en Cádiz, me sorprendí tratando de memorizar los nombres de personajes ilustres, protagonistas de grandes hazañas de las que apenas había oído hablar y que conformaban la historia naval de una excepcional nación marinera, la española. Sin embargo, también pude ser consciente, en ese mismo instante, de la ausencia de mujeres en el discurso expositivo del museo. De cómo la presencia de estas había sido silenciada por el peso de la historia, de una historia contada por hombres que construyeron, sobre enormes y pesadas piedras, héroes sólidos en los que sentar las bases de ese relato.

Por eso, pensé, mi trabajo como directora técnica del museo debía centrarse en tratar de dar voz a todos esos fantasmas sin nombre que, como mudas sombras del pasado, seguían vagando por este presente nuestro, frío y descafeinado, huérfano de heroínas.

Apenas había pasado una semana desde mi nombramiento oficial cuando, aquella mañana de marzo, bajé a uno de los almacenes del museo. Tenía que revisar detenidamente una serie de bienes culturales que, ordenados en cajas de madera, debían ser inventariados, fotografiados y catalogados. Los fondos procedían del antiguo Departamento Marítimo de Cádiz, cuyo archivo quedó destruido por un incendio en 1976. Pinturas de batallas navales, algunas acuarelas y dibujos e instrumental científico y sanitario, todo de escaso interés, se distribuían cuidadosamente por el almacén, envueltos en papel de pH neutro dentro de una veintena de cajas de seguridad, todas con cierres metálicos y sensores de control de humedad relativa y temperatura.

Fue una de aquellas cajas de madera la que llamó mi atención. Era de dimensiones reducidas, dos palmos a lo sumo. Quizá por ello me había pasado desapercibida con

anterioridad. Una gran cantidad de polvo se acumulaba en su superficie. Parecía que nunca había sido abierta. Tiré con suavidad de la tapa superior. Ante mí se mostraba, tímida y discretamente, un objeto envuelto en un paño de hilo de color crema, del tamaño de un libro.

Del bolsillo derecho de mi bata blanca extraje mis guantes de algodón e introduje las manos en la caja, sin dejar de observar aquel pequeño objeto. Retiré el envoltorio con cuidado, desplazando a un lado cada pliegue del lino, como si los trozos de tela encerrasen un misterio en sí mismos. Ante mí apareció un libro encuadernado en cartoné, en buen estado de conservación a pesar del desgaste evidente de ambas tapas de cartón gris, cubiertas por papel marmoleado. Abrí el libro con suavidad para iniciar su lectura. Estaba escrito a doble página en hojas de un papel tan fino que traslucía la delicada caligrafía de la cara opuesta. La costura, realizada en hilo vegetal, se encontraba ligeramente descosida. Avancé hasta la primera página. Escrito a pluma con tinta negra pude leer sin dificultad el nombre de una mujer. Un nombre desconocido para mí.

Es complejo y divertido novelar una vida. Convertirla, ante la falta de datos precisos, en una tela de araña sobre la que camina peligrosa el alma de quien la escribe. Pero es ahí, en ese preciso instante de duda, de temor al abismo, donde estriba la más alta cota de libertad. Y fueron la libertad y la soledad las velas que me llevaron, al igual que a la protagonista de esta historia, a inventar una vida de la que solo he podido saber a través de los escasos datos contenidos en ese diario, pero que me otorgaron la felicidad del encuentro.

Por eso confío en que esta historia te atrape como ya lo hizo conmigo. Fueron muchas noches en vela y mucho tiempo empleado en tratar de dar voz a una mujer invisible. Así que espero que tú puedas extender ahora su nombre a través de las páginas de la historia y hagas de

ella una llama refulgente que esparza su luz hasta blanquear las sombras del olvido.

Siempre he pensado que las historias nos buscan, que son ellas las que se acercan a nosotros y nos emplean sutilmente como vehículos transmisores de recuerdos. Por esa razón las páginas desgastadas de ese diario me convirtieron en novelista, en una contadora de las historias de otros a la espera de poder contar algún día las mías. Historias imperecederas, delirantes, inmensos paisajes de sueños, silencios, dolores, que a partir de hoy se harán realidad en tu mente cada vez que atraveses las páginas de este relato para que la tierra no ahogue la voz de quien oculta una estrella.



Prólogo

La madera crepitaba consumida por el fuego. Los restos de las velas caían mezclados en una lluvia de ceniza.

Los segundos pasaban lentos y mi cuerpo tiritaba. Estaba herida y seguía perdiendo sangre. El sol había dejado de brillar y los muertos se habían transformado en polvo.

Los heridos se contaban por medio centenar. Cuerpos rotos y despellejados salpicando la cubierta de un cementerio flotante a la deriva. El olor a pólvora y a sangre era asfixiante, las nubes grises, hábitos de sorprendente uso, aprensando el pendón real que yacía ensangrentado sobre la proa.

Nunca había sido testigo de algo similar en toda mi vida. No había lugar aquí para poesía de amor romántico, los hombres tampoco escapan de la muerte. Las injusticias, las traiciones, las manos de hierro, las formas de bromear y de cortejar a las fulanas. Todo ilustrado por la furia desencadenada del pasaje cíclico de esa muerte que ahora me rodeaba.

Todos los códigos habían sido violados, así que redacté en mi mente un epitafio perverso: «Caballero de la mar, margarita del viento». Y seguí aspirando ahogada el aire infecto que convertía la mar en una inútil y heroica mecedora de cadáveres. Sangre y más sangre que, mezclada con la mía, pronto se dejaría invadir por una generosa cantidad de moscas que ya revoloteaban inquietas sorteando los cuerpos.

El combate había terminado. Quise gritar, pero ni un solo gemido salió de mi garganta. Nadie esperaba ya órdenes. El silencio se dejó vencer por las voces tenues de

los últimos moribundos. Agotada, herida y sola, me abrí paso a trompicones entre piernas, fusiles y bayonetas. Ya nadie esperaba a su hijo, a su hermano o a su padre. La fuerza armada francesa nos había destrozado. La última gota de sangre había sido derramada.

Lo sucedido aquella mañana cambiaría para siempre el curso de mi vida. Por eso, cuando después de todo lo sucedido, que narraré a lo largo de estas líneas, unos soldados me arrastraron hasta la enfermería del barco, aturdida y exhausta como estaba, fui consciente de la locura y del sufrimiento humanos. Y también fui consciente de que Dios me había dado otra oportunidad.

Los enfrentamientos con los franceses habían mermando enormemente nuestro potencial bélico. El desastre de la Administración, la incompetencia de nuestros gobernantes y el escaso nivel de instrucción de las tropas nos habían convertido en presas fáciles para nuestros enemigos. A todo ello había que sumar la costumbre española de desarmar y dejar en sus bases los buques que no fueran a participar en hazañas bélicas, ya que mantener las escuadras operativas resultaba imposible de soportar para la Hacienda de la nación.

Los buques armados españoles se distribuían en cinco escuadras: la mía, la llamada del Océano, se encontraba al mando del almirante don Juan de Lángara y estaba compuesta por dieciocho navíos que cubrían las aguas del mar de Cádiz. Entre la tropa se comentaba que, en unos meses, la escuadra se ampliaría con tres navíos más de sesenta y cuatro cañones y otro de cincuenta y ocho, pero ninguno confiábamos mucho en ello. A pesar de todo, esta escuadra era la más importante y numerosa, a diferencia de las de la zona del Cantábrico o de las Antillas, con muy pocos navíos de guerra. Las escuadras del Mediterráneo y de América venían a completar una flota enormemente mermada que desembocaría en una paz forzosa con Francia para evitar una debacle definitiva. Pero ahora,

y hasta la llegada de esa tregua tan lejana como ansiada, la destrucción, la muerte y el abandono se mostraban ante mis ojos descarnados como puentes de paso a otro mundo.

Mientras esperaba mi turno para ser atendida en la enfermería, comencé a ordenar los pedazos mutilados del resto de mi vida. Sin embargo, no tuve tiempo de pensar en la parca. Mi pensamiento mudo se concentraba de nuevo en mí misma, en mi necesidad de ocultar la vergüenza de mi sexo, de borrar la memoria de un secreto que debía ser desvelado. La fila iba avanzando. Con gesto abatido, dejé pasar a uno de los heridos. Mi boca quiso gritar de nuevo, pero estaba desierta de infinito. Como una estrella rota, avanzaba ciega por un cielo yermo. Entré en la enfermería. Acerté a reconocer varias sierras y cuchillos empleados para las amputaciones. Nadie oía mis gritos ahogados. Solo yo conocía mi angustia.

Era mi turno. El médico del barco, un hombre de corta estatura, enjuto, de piel cetrina y semblante serio, me miró un instante a los ojos. Tratando de huir de cualquier contacto directo que vislumbrara un ápice de empatía, me instó a descalzarme. De los restos de lo que un día fueron unos zapatos abotinados que casi llegaban hasta el tobillo apenas quedaban unas tiras de piel de costura espesa.

A través del ojo de buey que se encontraba a mi derecha, pude observar cómo aún seguían latentes los resquicios del ataque que habíamos sufrido la mañana anterior. Restos humeantes de madera quemada se amontonaban junto a cuerpos muertos que trataban de buscar sepultura entre las aguas del océano. El cielo tenía ese inconfundible color grisáceo que permanece inalterable tras una batalla, y el olor a pólvora seguía flotando en el ambiente como un mal perfume.

Me sentía abatida, exhausta, herida y, sobre todo, asustada. A un marino del rey se le prohibía tener miedo, pero

el miedo era el sentimiento más humano que jamás había conocido.

Después de descalzarme, el doctor Gutiérrez de Figueroa (así constaba en la solapa de su bata ensangrentada) se dirigió a mí y, casi sin mirarme, me dijo:

–De Sotomayor, retírese la camisa para que pueda auscultarle.

–No se preocupe, doctor, estoy bien, creo que no he sufrido heridas de consideración –dije tratando de disimular el temblor de mi voz–. Si me autoriza, será mejor que vaya a cubierta a auxiliar al resto de los heridos y a revisar los desperfectos del navío.

De inmediato puede comprender que me había excedido en mi consideración. A un soldado del cuerpo de Infantería de Marina de Su Majestad el rey Carlos IV no se le permitía opinar y, mucho menos, no acatar una orden nada más ser pronunciada.

–Le repito, De Sotomayor, que se desabroche la camisa o me verá obligado a comunicar a su superior que se niega a cumplir una orden. Andamos escasos de soldados, pero nos sobran arrogantes e indisciplinados mequetrefes como usted.

En ese instante volvió a aparecer ante mí el momento de mi muerte. Lo había vislumbrado tantas veces que un sentimiento de alivio, casi de paz, me abrazó fuerte calándose en mis huesos húmedos y molidos. Cerré los ojos y comencé a desabrochar los tres botones de una camisa que llevaba muchos días sin catar más agua que la de un mar violento que anunciaba aún más muerte. Mi gran secreto estaba a punto de ser desvelado, acabando así con todo lo que había soñado ser.

De cómo comenzó la historia de mi vida en la Armada de Su Majestad el rey daré cuenta y razón ahora, pues nadie en su sano juicio hubiera participado de tan magna locura.



I
**¡Lucha,
cobarde**
!

Nos distribuimos en un círculo más o menos armónico. A mi derecha, Esteban Oyarzabal; a mi izquierda, mi hermano Antonio. De los otros tres, ni recuerdo sus nombres.

Jugábamos a ser soldados, a encerrarnos en un círculo de sueños donde nos retábamos de forma individual hasta que el vencedor retara al siguiente, y luego al siguiente y al siguiente, hasta resultar invencibles. La naturaleza humana busca la eternidad, y en el pueblo, entre estiércol de burro y babosos aceituneros, era difícil encontrarla. Por eso me imaginaba como un heroico soldado, de aire poético y complexión fuerte, que vencía a mequetrefes y a nobles rufianes, entre los muros de aquel círculo.

El empujón brusco de Esteban hizo que me tambaleara. Para no perder el equilibrio, Antonio me agarró con firmeza del brazo. Esteban insistió con un nuevo embiste hasta que me vi en medio del círculo. El reto estaba servido. La espada de madera que semanas antes me había construido con un pedazo de tronco de olivo salió despedida como si rehuyera el enfrentamiento. Avancé unos metros para tratar de recuperarla, pero cuando abrí mi mano para asirla por la empuñadura, un enorme pie la pateó delante de mi cara levantando una desagradable polvareda.

—¡Gallina! —gritó Esteban para que todos pudieran oírle—. ¡Te voy a meter esa espada por tu asqueroso culo de niña!

Los demás rieron a carcajadas alentando a Esteban y animándole a comenzar la pelea.